

## COMENTARIOS Y OBSERVACIONES

Académico doctor Alberto Antonio Spota:

Comienzo congratulando a Jorge Vanossi por la brillante exposición. Comparto los enfoques señalados. Creo que, evidentemente, el tema de fondo es como todos sabemos un tema de valoración y pertenece al espectro moral que hace a la autoestima. La sociedad está disgustada, yo diría, no solamente con el Parlamento o con el Poder Legislativo, no solamente con los partidos políticos y con sus dirigentes, sino que la sociedad está enojada consigo misma. Y este es un tema que tiene mucho que ver con lo que tan brillantemente nos ha expuesto el doctor Vanossi.

Si a mi se me preguntara, por alguien que llega por primera vez al país, cuál es el problema más grande que vive la sociedad argentina, en el ámbito que Jorge Vanossi tan bien nos ha explicitado, mi respuesta no sería dubitativa en ningún momento. Ni tendría mucho que pensar. Diría esto: la característica fundamental de la sociedad argentina hoy y desde hace desgraciadamente muchos años, es que está profundamente enojada con ella misma. Y ese profundo disgusto que la sociedad argentina tiene con ella, se puede explicitar. Esto es, es posible desarrollar la génesis y las consecuencias de ese disgusto.

Entiendo que el problema fundamental de la sociedad argentina es que ella está disgustada, como lo dije hace un momento y lo vuelvo a repetir, consigo misma. Y ¿por qué? Primero de todo está tremendamente disgustada consigo misma porque tiene autoconciencia de haber perdido los últimos setenta años. A cualquier argentino o argentina que se le invite a discutir sobre este tema rápidamente va a comenzar preguntando cómo es posible que hayamos actuado tan mal y tan equivocadamente en estos últimos setenta años.

Todo es posible. Hemos pasado del séptimo, octavo, noveno, décimo, undécimo lugar en el mundo al ochenta o al noventa. ¿Qué sucedió? como se dijo y no recuerdo bien quién aun cuando pienso que fue Samuelson en México y hace años, los países se dividen en cuatro cate-

gorías. Los del primer mundo, que todos saben cuales son; los del Tercer Mundo, que también todos conocen. Japón, que perdió todo en la Segunda Guerra Mundial de este siglo y hoy es lo que es; y la Argentina que todo tenía y perdió todo. Acá se dijo no hace mucho tiempo, y es cierto, y este es para mí el trasfondo fundamental de lo que pasa en la sociedad argentina, que la gran rabia que la sociedad tiene consigo misma es la pérdida de estos setenta años que han sido lamentables. Si el mundo no revienta, y la historia y la vida siguen, el siglo XX estará marcado en la historia argentina con un signo profundamente negativo, como se recuerda, por ejemplo, las pestes del siglo XIV.

El siglo XIX, en verdad, acabó en la década del 20 de nuestra época. Y el siglo XIX tienen dos etapas: hasta el 80 y del 80 a 1930. Y luego en el siglo XX fracaso tras fracaso, uno tras otro.

Entonces, a mis ojos, el tema de la ubicación y del desprestigio de las instituciones, que no tengo duda de que es real, radica en una valoración que para mí es esencial. El pueblo argentino está profundamente disgustado con su propio fracaso y de ello tiene conciencia. Y lo que se agrega, y así acabo, es que no ve salida. Este es el tema básico y la conclusión del problema argentino, esto es, la autoconciencia de su fracaso en los últimos setenta años de este siglo. Estamos inmersos en un panorama sin salida.

Académico monseñor doctor Gustavo Eloy Ponferrada:

He querido felicitar y adherir totalmente a las palabras del académico Vanossi; ha dicho lo que pienso que la mayor parte de aquellos que nos hemos preocupado por reflexionar sobre la situación del país —sin tener tal vez la capacitación técnica que poseen muchos políticos y sociólogos— consideramos que son justamente los puntos claves de esta coyuntura, las fallas y las cosas que padecemos y que habrá que corregir.

Yo lo enfoco desde el punto de vista ético, el de un profesor que soy yo, que he enseñado durante treinta seis años, en distintos ámbitos universitarios ética y filosofía social. Ahora bien, respecto al punto que acaba de tocar en su observación el académico Spota, me permito opinar sobre un tema técnico como es el de la encuestas. Carezco de versación especial pero hablo con la gente y quienes más dialogan con sus clientes como son los taxistas. Todos coinciden en señalar las fallas apuntadas

por Vanossi. De manera que creo que se trata de un sentido común, aunque no pueda evaluarlo numéricamente.

Y creo que las soluciones están en otro ámbito que es el de la ética. Porque las acusaciones que se hacen a quienes ejercen el poder o actúan públicamente en el campo empresario, político o gremial son justamente de tipo ético. Por ello me resulta sorprendente que las autoridades educativas de la Provincia de Buenos Aires hayan eliminado la asignatura “Ética” que figuraba en el plan de estudios de los institutos destinados a formar profesores y maestros. Desaparece del último año de los cursos y se convierte en lo que ahora se llama un “contenido transversal”, es decir que el profesor de matemáticas, el de geografía o el de biología deberá dar nociones de ética, lo que me parece un disparate porque está fuera del ámbito de su competencia. No sé con qué fundamento se ha tomado esa resolución y no quiero pensar mal de nadie.

Lo que ha expuesto Vanossi deberían oírlo muchos que ocupan importantes posiciones en la sociedad nuestra. Anoche estuve en una reunión a la que invitaron unos chicos inteligentes y capaces de una fundación que ustedes tal vez conocen: se llama “integración” y está dirigida por el señor canciller de la República. Había una cantidad de gente que parecía muy versada en problemas del país. Cuando uno conversaba con ellos en esos lapsos que preceden a las disertaciones o los que responden a la copa que convidan después, quedaba frío al oír que nunca estuvo mejor el país y que contábamos con una dirigencia de lujo. Ya que hay gente que se empeña en no ver la realidad, me alegro de oír no sólo acertadas críticas, sino soluciones a la situación como las dadas por Vanossi.

Académico doctor Gerardo Ancarola:

Ante todo, las congratulaciones por la brillante comunicación que acabamos de escuchar. Creo, además, que estas reflexiones sobre los más acuciantes problemas argentinos tendríamos que seguir haciéndolas con mayor frecuencia. En realidad, lo que el académico Vanossi nos planteaba es para muchos el problema de los problemas argentinos: la honda crisis de valores éticos que se refleja en todas las expresiones sociales. Pero a ello, hay que agregarle una indiscutible declinación intelectual de los sectores dirigentes argentinos —políticos, culturales, empresariales, etcétera— que igualmente no se puede dejar de señalar.

En ese sentido, estamos sufriendo un ya largo y complejo proceso que hace algunos lustros vislumbró Raymond Aron, con su habitual agudeza, cuando afirmó que Argentina había sido la “gran decepción” del siglo XX. Y hay inclusive un ensayo de un politólogo australiano —cuyo nombre ahora no recuerdo— que sostiene que lo acontecido en nuestro país merece un estudio profundo, pues es la única nación que en los últimos cincuenta años descendió del primer al Tercer Mundo.

No creo en cambio —y aquí me permito discrepar con el académico Spota— que esta crisis tenga ya setenta años. Por el contrario, hasta mediados de los años cuarenta, todavía contábamos —en todos los órdenes— con cabezas excepcionales. Días pasados, en una librería de textos de ocasión encontré un viejo libro de Alejandro Bunge —que integró esta Academia titulado *Una nueva Argentina* donde se incluyen algunas estadísticas asombrosas. Por ejemplo, el país tenía, a fines de los años treinta —en relación con el producto bruto—, un mayor presupuesto de educación que la mayoría de las naciones europeas, cosa que el autor atribuía al hecho de que mientras esas naciones ya tenían gastos de defensa muy altos —por la posible conflagración mundial que se avecinaba— nosotros no teníamos en el horizonte ningún conflicto. En cuanto a lo que se denomina “el tiempo escolar” —es decir días y horas de clase en las escuelas primarias y secundarias— los datos allí consignados también son significativos: estábamos entre los países con mayor dedicación al estudio en esos niveles de enseñanza. Hoy, en cambio, la situación se ha revertido con las consecuencias que están a la vista: mientras Japón y Alemania —por no citar más que dos países de avanzada— tienen más de 240 días de clase en el año lectivo, nosotros desde 1945 en adelante hemos descendido esos índices hasta orillar ahora no más de 170 días de clase —uno de los menores del mundo— cuando el mínimo aconsejable es de 200 jornadas. Una personalidad internacional que en estos días nos visita, Lester Turov, autor de un difundido libro, *Head to Head* (cabeza a cabeza), actualiza precisamente también estas estadísticas y considera que el futuro será de las naciones que den prioridad a la “materia gris” sobre las “materias primas”.

Pero para finalizar, lo cierto es que a partir de 1945 Argentina sufrió un proceso devastador de deterioro que nos colocó en donde ahora estamos. Y para revertir esta situación la única alternativa es, por una parte, realizar ese gran esfuerzo de que nos habló el doctor Vanossi para mo-

ralizar las prácticas políticas, y por otra, volver a hacer de la educación —como lo fue antes— la gran palanca para la transformación y el cambio.

Académico doctor Gregorio Badeni:

Felicito al académico doctor Vanossi por la claridad y solidez de las ideas que expuso. Comparto sus inquietudes aunque, con cierta dosis de optimismo, recuerdo que desde fines de la década del 50 permanentemente escuché hablar sobre una crisis de los valores morales. La crisis, en definitiva, es un proceso de cambio que puede ser favorable o desfavorable para la sociedad. No me atrevo a sostener si esta crisis de valores es buena o mala, o si quizás acarrea una situación diferente a la que estábamos habituados a presenciar. Porque desde fines de la década del 50 advierto que estuvieron presentes en la convivencia social dos principios innecesariamente enfrentados, la libertad y la responsabilidad. Momentos en los cuales ansábamos vivir con libertad y, cuando conseguíamos esa libertad, estaba desprovista de la necesaria responsabilidad conduciendo al libertinaje. Otros momentos en los cuales se nos quería imponer esa responsabilidad, pero de manera arbitraria y a costa de la pérdida de aquella libertad. Quizás, para la consolidación de los valores éticos, es necesario que impere el equilibrio entre aquellos principios mediante el ejercicio de una libertad responsable y consecuente con el bien común. Para ello es necesaria la educación en todos sus niveles, teniendo en cuenta que, su concreción no puede quedar concluida de un día para el otro. Requiere de un lapso razonable en el curso de un proceso de asimilación cultural por la ciudadanía y sus dirigentes.

Pero al margen de estas reflexiones, y con un enfoque pragmático, rescato los conceptos del doctor Vanossi referentes a una aparente estratificación de nuestra dirigencia política. Es un fenómeno delicado y en cierto modo patológico. Conduce a que todos aquellos que están interesados en actuar en la política agonal dentro de un partido tengan que volcar sus lealtades hacia la dirigencia de ese partido y no hacia los ciudadanos. Porque de esa lealtad con la dirigencia depende la continuidad de la carrera política del hombre público y no de la lealtad con los ciudadanos tal como lo impone una democracia constitucional. Creo que en este aspecto es muy importante la opinión del doctor Vanossi, teniendo en cuenta su experiencia, sobre la forma en que se podría revertir ese proceso. Porque el ciudadano lo percibe con el consecuente riesgo de

traer aparejado el desprestigio de la dirigencia y el debilitamiento del principio de autoridad sin el cual no se puede garantizar un ejercicio responsable de la libertad.

Académico doctor Jorge Reinaldo A. Vanossi:

Agradezco todos los comentarios que se han formulado, me enriquecen enormemente, un tema que por supuesto dista mucho de estar agotado en las breves cuartillas que he leído y las que quedaron sin leer.

La pregunta que formula el doctor Badeni es realmente —diríamos— el arco de bóveda de la cuestión, porque de ahí surgiría el punto de partida para revertir una tendencia que me parece inexorable. Lamentablemente mi experiencia y mi opinión al respecto es de orden pesimista. Desde los siete años de edad (y voy a cumplir 59) he tenido menor o mayor actuación en un determinado partido político y dentro de ese partido político he estado muchas veces buscando lo mejor, para lo cual he girado, he modificado, he cambiado algunos puntos de vista. He procurado otros alineamientos, he intentado participar en ensayos renovadores, la creación de nuevos movimientos, de nuevos núcleos, de nuevas corrientes internas.

El saldo de la experiencia recogida es que no es más de lo mismo: es peor de lo mismo. No he encontrado algo mejor que lo precedentemente realizado, lamentablemente. Ahora ¿por qué este pesimismo? Hoy se hablaba de hace ochenta años. Yo creo que hace ochenta años había sin embargo una nota optimista que consistía en lo siguiente: dos valores fundamentales o mejor dicho dos piezas fundamentales para el juego institucional de una República, para su equilibrio, para la firmeza de sus instituciones, son la gobernabilidad y la alternancia, y eso estaba asegurado. Se podían alcanzar las dos cosas simultáneamente, se podía alcanzar la alternancia sin perder la gobernabilidad y se podía asegurar la gobernabilidad a través de la alternancia. El drama que yo visualizo a penas un año y algo que falta para la finalización del siglo es que, poco a poco, casi sin darnos cuenta, vamos entrando en un *cul de sac* en virtud del cual o hay alternancia o hay gobernabilidad y no se consigue percibir una luz, un indicio en virtud del cual realmente el país pueda, con tranquilidad, sin lo que Ortega llamaba la subitaneidad del tránsito, alcanzar alternancia y gobernabilidad. Parecería que es o alternancia o gobernabi-

lidad, viene una sin la otra. Si se cumple este pronóstico creo que evidentemente el panorama va a ser mucho más sombrío de lo que ya lo es.

E insisto en algo que dije muy al pasar en la ponencia o comunicación, en el sentido de que tengo mucha más fe en el “emprolijamiento” de las situaciones económicas, o económicosociales, porque dependen fundamentalmente de dos factores: la confiabilidad y el acierto técnico. La confiabilidad existe porque la gente cree en una serie de cosas, la gente cree en la moneda, la estabilidad, la transparencia, la productividad, a competición, es decir; hay una serie de cosas que se han introyectado y que hoy están como un valor entendido. Y el acierto técnico se corrige, si falla un equipo se reemplaza por otro, o se le sustituye parcial o totalmente, pero la solución política depende de comportamientos, de conductas, es un problema de valores eminentemente cultural (y no entregan, hay desabastecimiento, lo vemos en todo).

Un país en el cual los vectores de la cultura no pasan por la universidad y los vectores de la política no pasan por el Parlamento, esto indica que hay una falla muy profunda. Y el problema educativo que tocaba hoy el doctor Ancarola es obviamente el núcleo auténtico de la cuestión, es fundamental. La Universidad de Buenos Aires, primera Universidad del país, no por su antigüedad, pero si por su prestigio y tamaño, dedica el 1% de su presupuesto, y no estoy seguro si llega al 1% a los libros, a las bibliotecas. Las universidades norteamericanas están casi en el 25% y algunas superan la cuarta parte y se acercan a la mitad del presupuesto, mientras aquí todo es empleo, empleo y empleo. Nada se invierte en lo que pueda generar nuevos conocimientos. En materia de investigación tanto pura como aplicada estamos dependiendo cada vez más de lo que son iniciativas particulares o lo que lisa y llanamente nos viene del exterior. Ni se publican los diarios de sesiones del Congreso. Ese es un dato muy poco conocido, si alguien quiere leer los debates parlamentarios tiene que buscar los de muchos años atrás; yo dejé de ser legislador en 1993, fines de 1993. No he podido reunirme con los tomos correspondientes al tramo final de mis diez años, que fueron de 1983-1993; no se publican porque no hay dinero, el dinero es para los empleados y no para publicar el diario de sesiones, que es el boletín oficial del Congreso, a través del cual la opinión por lo menos ilustrada toma conocimiento de qué se dice y cómo se fundamentan las leyes.

De modo que mi respuesta al doctor Badeni es muy pesimista. No veo posibilidad por mi experiencia, ojalá me equivoque, ojalá las nuevas ge-

neraciones demuestren lo contrario. Pero vi caer muchos mitos, vi caer muchos pedestales, vi caer muchas estatuas y las que vinieron eran del mismo barro, de peor barro que el anterior.

Académico doctor Horacio A. García Belsunce:

Me adhiero a las felicitaciones que ha merecido la exposición del doctor Vanossi. Coincido con el académico doctor Spota cuando ha dicho que “la sociedad está disgustada consigo misma” y yo quisiera concretar la causa de ese disgusto. En mi opinión radica en que en nuestro régimen institucional de democracia representativa, cuando el representado ve fracasar a su representante porque le falta idoneidad, porque le falta contracción al trabajo y también porque evidencia carencia de valores éticos y morales, cae en algo mayor que el disgusto, la *incredulidad*. Esa incredulidad se extiende en nuestro país a quienes nos representan en los tres poderes del Estado, pues a la incredulidad o aun al desprestigio que desde hace décadas ha deteriorado al Poder Legislativo y al poder administrativo, se agrega ahora la incredulidad en el Poder Judicial, encargado de la función jurisdiccional y del control de los otros dos poderes del Estado. Como acaba de decir el doctor Vanossi, yo también soy pesimista, pues sigo aferrado a la teoría de la representatividad y me disgusta cuando veo insinuarse entre ella, como para desvirtuarla, la teoría de la participación, como aparece en el Estatuto Organizativo de la ciudad de Buenos Aires, que en su artículo 1o. organiza sus instituciones autónomas como democracia participativa a la vez que adopta para su gobierno la forma representativa. Parecería que hay una colisión conceptual que no es del caso analizar ahora.

En otra oportunidad, ha dicho bien el doctor Badeni que la introducción de formas de democracia semidirectas en la Constitución nacional reformada en 1994, a través de los artículos 39 y 40, no le hacen perder por ello el sistema representativo adoptado en el artículo 1o., pero hay que advertir el peligro que representan para la democracia representativa ciertas pretensiones como la de un juez del norte argentino que pretende hacer una consulta al pueblo para ver si puede legitimar la reelección del presidente de la nación, desnaturalizando la consulta popular instituida en el citado artículo 40 que está al margen de su competencia, o cuando un ministro del Poder Ejecutivo pretende, para fomentar la instalación del juicio por jurados, que ello significaría acercar la justicia al pueblo

olvidando que la justicia elige a sus integrantes por medio del Consejo de la Magistratura, del Poder Ejecutivo y del Senado de la nación.

La incredulidad a la que acabo de referirme conduce a la confusión del ciudadano disgustado y descreído porque las ideologías se han mezclado y la gente no sabe “dónde pararse”. Los conceptos de la derecha y de la izquierda en sus expresiones extremas están hoy superados. En el mundo se están mezclando las tendencias, pasando por un lado de regímenes socialistas en sus distintas variables desde el extremo del comunismo hasta la más suave social democracia, y por otro lado, del liberalismo clásico al liberalismo social, del que ya hace décadas nos hablaba Julian Marías, calificativo discutible porque el liberalismo a secas nunca ha despreciado ni dejado de lado los aspectos sociales dándoles tanta preponderancia como a los económicos y políticos. Las posiciones extremas o rígidas se han ido desdibujando y según las distintas tendencias se habla por un lado del socialismo liberal y por otro del liberalismo social, lo que parece ser en el fondo un juego de palabras. Así, el liberalismo busca la vertiente social y simultáneamente el socialismo busca la vertiente libertad como es el caso de Blair en el Reino Unido y Jospin en Francia.

Ambas connotaciones —incredulidad y confusión— conducen a algo que es mucho más preocupante: el *desinterés* de las generaciones jóvenes en la política o en la cosa pública.

Por último, recojo las reflexiones del doctor Badeni sobre la necesidad de conjugar la libertad con la responsabilidad y recuerdo lo que en la década de 1940 dijera nuestro académico de número monseñor Miguel de Andrea en sus sermones en la iglesia de san Miguel sobre la libertad y la autoridad, uno de los cuales le valió terminar en la cárcel.